

Por el recuerdo de un amigo

Señor Director:

Julio Abarca Alarcón fue un profesor de Filosofía, alguien que soñó en la posibilidad de un ser humano cada vez mejor por el bien propio y el ajeno. Hizo clases que a todos sirvieron para su autoreflexión y equilibrio con el medio, comunicándose en integridad y generosamente. Conversó, escribió, buscó la quimera que todos buscamos sin darnos cuenta que está en nosotros mismos: la comprensión de la vida. Estudió, amó, admiró, fue grande y fue pequeño, a ratos tímido y a ratos líder, pero, por sobre todo, fue el amigo, el que entregó más de lo que recibió, el que supo que su tiempo era cultura y a eso lo dedicó, como un real maestro que era.

Antes, como todos, fue también un niño, un travieso y temeroso niño imaginativo, que supo estar en paz con la naturaleza y en especial con los otros niños. Adolescente ya, caminó y se vistió y habló igual que cualquier adolescente que se precie y viva a plenitud su tiempo y su parte en la generación correspondiente. Joven, además, investigó y esto lo acercó a la filosofía y al intento de explicarse los misterios de la vida, que desde su inteligencia y sensibilidad trató de comprender en su contradictoria complejidad.

El "Junior College" lo tuvo en sus aulas; escuchó sus pasos en los patios rumbo al coloquio y al té apresurado del recreo; lo contempló aguardando en la

sala de profesores el ingreso a clases, previa la formación acostumbrada; lo recepcionó en su palabra clara y amena que dejaba en suspenso a sus alumnos; lo vio irse de vacaciones con proyectos intelectuales y artísticos para realizar cuando de nuevo la campana llamara al encuentro de la educación y la cultura.

Pero no pudo ser. La luciérnaga que alumbraba inquieta en mitad de su frente privilegiada se apagó como si la existencia fuera nada más que un brevísimo chasquido de un fósforo que no terminó su combustión. Y nosotros quedamos temblando, asombrados de tanta fragilidad de la condición humana, anonadados por un sentimiento de impotencia que nos entristecerá cada vez que recordemos, como ahora, su personalidad gregaria, su candor de hombre crecido a hurtadillas de una niñez que nunca lo abandonó del todo. Porque Julio Abarca Alarcón era un niño que no terminó de crecer y que debió seguir con nosotros, haciendo lo suyo, porque lo suyo era bueno para todos, en especial para los jóvenes y sus amigos profesores del "Junior" que de repente lo convocamos en nuestra memoria, cuando es difícil aceptar que él ya no esté con su sonrisa abierta y con su mano cálida saludando y deseando lo mejor para nosotros. Quizá podamos serenarnos si lo imaginamos haciéndonos señas con sus brazos levantados desde la distancia que es el infinito.

Luis Araya Novoa, profesor de castellano "Junior College"